

LAS EXEQUIAS DEL MAESTRO

Por CARLOS ENRIQUE PAZ SOLDAN

La resurrección de Cayetano Heredia se ha operado al cumplirse el centenario de la Facultad de Medicina. Este acontecimiento que pone luz de gloria sobre nuestro ayer médico, impone seguir ofreciendo a los lectores de este diario popular, máxima tribuna de nuestra hora nacional, cómo partió humildemente el Maestro cuando emprende el viaje sin retorno.

Ofrece el cronista, por esto, a los miles de lectores de "La Crónica", lo que fueron las exequias que tuvieron lugar en el templo de San Francisco, que abrigó al adolescente trazándole destino sacerdotal, no como fraile, como médico. Así describe el doloroso acontecimiento el libro "Heredia y sus Discípulos".

En el testamento del Grande Decano de la Medicina, fué escrito y rubricado por el ascético asclepiade peruano:

Sí, "primeramente manda que cuando su Divina Majestad sea servido llevarlo de esta presente vida a la eterna, su cuerpo sea amortajado con el hábito y cuerda de Nuestro Padre San Francisco y se me hagan las exequias funerales en el mismo Convento como a religioso, sin pompa de ninguna especie, modestamente, como he vivido siempre". Esta humilde, postrera voluntad de Heredia, cónsona con su vida de cenobita, se cumplió fielmente. Sus restos reposaron, por unas horas, rociados por las lágrimas, en el majestuoso santuario que de niño había despertado sus más puras emociones y dado a su corazón profunda religiosidad.

Los negros cortinajes de la nave mayor de San Francisco parecían un negro velamen para el viaje al Más Allá del grande franciscano muerto. Las lívidas luces de los blandones que rodeaban el ataúd, y

las demás ceras encendidas, lloraban, aquí y allá, entre la penumbra del severo templo, haciendo visible la aflicción que poseía a los centenares de asistentes a la triste partida.

Igualmente impresionante fué la inhumación, cuando el lento cortejo traspuso la distancia de la Plaza de San Francisco hasta el portón del Cementerio, que medio siglo atrás había erigido en Lima el Virrey Abascal, creador del Colegio de San Fernando. Después de los responsos de ritual, y antes de que la caja que guardaba los restos mortales colmara el pequeño espacio donde concluyen las vanidades humanas, bocas elocuentes elevaron himnos a lo Alto para dar al muerto querido sus conmovidos adioses, como ya los ojos habían dejado rodar al suelo las lágrimas de la despedida.

Balbucente, primero habló *Leonardo Villar*, el "hijo" predilecto al que Heredia premiara cuando sorprendió sus raras cualidades espirituales. Lo que dijo fué una plegaria. *José Casimiro Ulloa*, con verbo, por momentos magnífico relató muchos episodios que bien conocía de su solícito "padre". Mariano Macedo, elevó su voz en este coro de salmodias. Por justas, rotundas y veraces, sus palabras las inserto en el texto del capítulo, dejando los otros para las notas que lo amplían.

He aquí, la bellísima oración de corte clásico, digna del más grande, en mi opinión, de los "hijos" de Heredia: "El venerable Decano que consagró toda su vida y su fortuna a la grandiosa obra de levantar en su patria una nueva generación médica, que estuviera a la altura de los adelantos del siglo; el más infatigable obrero de la enseñanza médica; el regenerador de la Medicina peruana, desaparece, entre nosotros, como una sombra".

"No hay palabras que puedan expresar en este momento nuestro acerbo dolor y nuestra amarga pena".

"El doctor Heredia ha llenado en este mundo la misión más grande, más trascendental y más humanitaria que Dios encomendara a los mortales. Con un pensamiento fijo, con una abnegación sin ejemplo, con cariño paternal inimitable, él deja organizado en el Perú el sacerdocio médico".

"El doctor Heredia no morirá; la presente generación médica, obra exclusiva de sus consantes desvelos, será el monumento vivo que eternizará su memoria".

"Venerables restos del más ilustre de los varones, al pasar a la mansión de los justos recibid, como una prueba de gratitud, las lágrimas que derramamos en la orfandad alrededor de vuestra tumba!"